

DRAMA NUEVO

EN TRES ACTOS:

LAS MINAS DE POLONIA.

TRADUCIDO

POR D. MARIA DE GASCA Y MEDRANO.

PERSONAS.

Edubinski, *Palatino de Never.*
Zamosqui, *Palatino de Sandomir.*
Floresca, *Esposa de Edubinski.*
Ángela, *su hija, de edad de doce años.*
Ragotz, *Comandante de Cosacos.*
Pedro, *hombre de mediana edad: guía de caminos.*

Duncana, *muger fina, amiga de Edubinski.*
Polasqui, *capitan de Polacos.*
Comandante de Cosacos.
Cosaco primero.
Cosaco segundo.
Comparsa de aldeanos y soldados.

La escena es en el Castillo de Minski, á lo último del Palatinado de Sandomir.

ACTO I.

Salon Gótico, con puerta en el fondo: á la derecha una Otomana, ó un Sofá; á la izquierda mesa y sillas. Aparecen Zamosqui, Ragotz y Cosacos.

Zam. En fin, estás ya de vuelta?

Rag. Y cumplidos tus preceptos.

Zam. Traedme al punto á Duncana.

Vanse los Cosacos.

Rag. A este retiro le tengo, señor, por impenetrable; porque, si bien lo contemplo, ¿quién se podrá figurar que en un horrible desierto en el castillo de Minski, que está situado en el centro de los montes de Krapac, sufra duro cautiverio Floresca, que es de Polonia el mas precioso ornamento?

Zam. Quién preguntas? mi rival su esposo, á quien aborrezco.

Rag. El Palatino de Never?

Zam. El mismo: ¿de mi secreto á pesar no descubrió (bien que ignoro por qué medio)

que ella estaba en Sandomir?

no hizo cuántos esfuerzos puede el amor conseguir á un enamorado pecho para robarme un tesoro tan apreciable? por eso no la he mandado traer á este sitio, donde intento que solamente la vean las personas en que tengo absoluta confianza?... mas qué me sirve todo esto? de qué me sirve triunfar de mi rival si no puedo el corazon de Floresca reducir á mis afectos? madre amante y fiel esposa; en Edubinski y el tierno fruto de su union dichosa concentra sus sentimientos, toda entregada á la pena

y la amargura de haberlos perdido por mi violencia: con el aborrecimiento mayor me mira.... ¡ay, Ragotz! naturaleza, á quien debo un impetuoso carácter y una alma ardiente, me ha hecho capaz de grandes acciones, pero de iguales escesos: correspondido mi amor de aquella á quien la profeso, mi alma hubiera exaltado ennobleciendo mi pecho é inflamando mi valor para gloriosos empeños; mas la pasión de Floresca por su esposo, y el desprecio con que me trata, oscurecen la luz de mi entendimiento, y de puro enamorado voy rayando en el esceso de cruel.... no hay situación, no hay estado mas funesto que el de un corazón que ama desesperando el remedio!

Señe Danc. Llamada por vos, señor, vuestras órdenes espero.

Zam. Como tengo una absoluta confianza en tí, pretendo que custodies un tesoro, que mas que mi vida aprecio, y es una muger.

Danc. Su nombre?

Zam. Floresca.

Danc. Válgame el cielo!

Floresca á quién corresponde por legítimo derecho de Culmá el Palatinado?

Zam. La misma.

Danc. Ya lo comprendo.

Zam. Prendado de su hermosura, y siendo como soy, dueño del rico Palatinado de Sandomír, no creyendo para enlazarme con ella encontrar impedimento, pedí su mano á su padre, él accedió mis deseos; pero en vano, pues ya entonces Floresca amaba en secreto al Palatino de Never, Edubinsqui, cuyos riesgos y valimiento en la corte unidos á los extremos con que Floresca á su padre

anciano, débil y enfermo sedujo, fueron la causa de que el bien que yo apetezco poseyese mi rival: yo entregado á mi despecho me retiré á mis estados para tratar de los medios de vengarme: en ocho años no pude lograr mi intento; pero al fin, en una fiesta fui raptó del embeleso que aprisiona mis sentidos: en el castillo soberbio de Sandomír la oulté mas de un año, en cuyo tiempo ni finezas, ni regalos, ni amenazas parte fueron para vencer su esquivez: acudí al violento medio de apartarla de su hija, y solo logré con esto añadir nuevos motivos para su aborrecimiento. Trató su esposo Edubinsqui con sus parciales y deudos de recobrar á Floresca. Mis estados invadieron; pero yo opuesto á su furia, y agitado de mis zelos amante y aborrecido, si encontré enemiga á Venus, á Marte hallé favorable; y entre otros, en un reencuentro á mi rival venturoso conseguí hacer prisionero. Árbitro de mi fortuna y su vida fui, y queriendo ver si rendía á Floresca con generosos extremos, á su esposo concedí libertad y estado á un tiempo: nada adelanté con ella, y él acudió á cuantos medios é invenciones cautelosas caben en humano ingenio para recobrar su esposa; pero no pudo obtenerlo, pues siempre mi vigilancia desvaneció sus intentos; pero para precaverme mucho mas, á este desierto sitio he dispuesto traerla y he ofrecido mil premios á cualquiera que á su esposo me trajere vivo ó muerto.

ap.

Dunc. Infeliz!

Zam. Me ha parecido, *ap.*

Duncana, hacerte todo esto presente para que entiendas la importancia del secreto, y la gran fidelidad á que te obliga el escaso de mi confianza.

Dunc. En varias ocasiones os he hecho conocer mi lealtad.

Zam. Su continuación espero. Ragotz, de tu diligencia he quedado satisfecho: sea esta corta fineza, *le da una sortija.* preliminar de los premios que te esperan; de las puertas del castillo te encomiendo la vigilancia: á ninguno admitas, sin que primero lo mande yo. Escucha aparte: te encargo que estés atento á cuanto hiciere Duncana, y si algo observas opuesto á los intereses míos, me darás aviso luego.

Rag. Descansad en mi obediencia.

Zam. Duncana, á tu cargo dejo el disponer mi cautiva á recibir mis obsequios sin repugnancia: procura dulcificar su severo desden: en fin, mujer eres, y te constan mis deseos; si tú los consigues, cuenta los tuyos por satisfechos; pero advierte que Ragotz *en voz baja.* es arrojado, avariento y astuto: yo por ahora lo necesito, mas quiero que sus palabras y acciones observes, por si en su pecho alguna intencion siniestra encubre.

Dunc. Estad sin recelo, que yo sabré penetrar sus mas íntimos secretos.

Zam. Así uno á otro se observan, *ap.* y yo vivo con sosiego.

Rag. Lisonjeando á Zamosqui *ap.* dominaré sus afectos, y acabará de Duncana muy prontamente el imperio.

Dunc. Malvado, pues siempre has sido *ap.* á mis ideas opuesto,

ahora de mi venganza conocerás los efectos.

Salen algunos Cosacos que conducen desmayada á Floresca, la ponen en el Sofá, y se van.

Zam. Ponedla allí, y despejad.

Dunc. Aun de su desmayo en medio está hermosa: socorrerla es forzoso.

Rag. Yo no encuentro necesidad semejante: este desmayo es efecto de un largo y penoso viage, y se pasará muy presto.

Flor. Bárbaro Zamosqui!.... esposo!

Zam. Ya vá cobrando su acuerdo.

Yo me retiro. Vosotros dirigid vuestros esfuerzos á mitigar su dolor; y sabed que estoy resuelto á entregarla su hija amada, por si de este modo puedo templar de sus esquivaces los rigores; y supuesto que sabéis mi voluntad, procurad su cumplimiento con la mayor sumision; y no queráis esponeros á saber e mo castigo ya que sabéis cómo premio. *Vase.*

Flor. Angela.... mi amada hija.... y me la arrebatan!.... cielos! á dónde me conducís?

Se levanta y corre el teatro desatentadamente.

no, no, dejadme: yo quiero.... quién sois vos?... pero qué miro?

De repente se encara con Duncana y Ragotz.

Te reconozco: estoy viendo en tí al que me ha conducido á este sitio; oh Dios inmenso! que nunca me vea libre! que siempre en el cautiverio de mi vil perseguidor he de arrastrar unos hierros, que aunque fuesen merecidos nunca fueran tan funestos!

Cubriéndose el rostro con las manos se deja caer sobre el Sofá.

Dunc. Desventurada! *enternecida.*

Quiere acercarse pero temiendo á Ragotz, se detiene.

Rag. Duncana *ap.* se enternece, según creó:

con el mayor disimulo
sondearé sus pensamientos.
Por cierto que esta muger
interesa.

Dunc. Ya te entiendo,
mas no me descubrirás,
por mas que intentes hacerlo.

Rag. Qué os parece á vos, *Duncana*,
de esa señora? en efecto
no es bastante desdichada?

Dunc. Y á mí qué me importa eso?

Rag. Verse apartada de cuantos
pudieran darla consuelo!

Dunc. Tanto peor para ella.

Rag. Estar sujeta al imperio
de un hombre, á quien aborrece.

Dunc. No durará mucho tiempo.

Rag. De veras?

Dunc. Asi lo juzgo.

Rag. Pues yo lo contrario creo.

Dunc. Muy bien puede suceder.

Rag. En verdad me compadezco
de esta muger.

Dunc. Pues yo no.

Rag. Pues qué; tendríais tan fiero
corazon, que no quisieseis
aliviar sus sentimientos?

Dunc. Qué he de hacer?

Rag. Sois muy severa.

Dunc. Lo seré porque no entiendo
sino de cumplir con ciega
obediencia los preceptos
de mi señor.

Rag. O me engaño
demasiado, ó soy muy necio,
ó esta muger me supera
en lo cautelosa; pero
muy fina tiene de ser
si su intencion no penetra.

*Durante esté aparte Duncana mira con
interes á Floresca.*

Flor. Cualquiera que vos seais, á ella.
pues en vuestros ojos veo
pintada la compasion...

Dunc. Mucho os engañais por cierto:
yo solo hago mi deber,
y por nadie me intereso.

Rag. Y por qué hemos de esceder
á *Duncana* con falsedad.

las órdenes que tenemos?
la intencion del Palatino
es que todos los deseos
de esta señora se cumplan;
y así mandad, que al momento
vereis como *Ragotz* deja

vuestros gustos satisfechos.

Flor. Perdonad, noble *Ragotz*,
si, equivocado el concepto,
de vos pude formar juicio
á la razon tan opuesto:
no tiene voluntad propia
el que reconoce dueño,
y si me habeis conducido
á este sitio, pensar debo
que vuestra obediencia solo
es interesada en ello;
pues la menor repugnancia
os pusiera á mayor riesgo;
pero ya que de mi estado
tan compadecido os veo,
y en vos encuentro tan nobles
cortesés ofrecimientos,
agradezco á mi destino
haber hallado en el centro
del crimen y del horror
una alma tierna, que viendo
las penas que me rodean,
y los males que tolero,
ya que no pueda aliviarlos,
se digne compadecerlos.

Rag. Si gano su confianza *ap.*
es conseguido mi intento.

Dunc. Sabed que ese hombre es malvado.
aparte y con viveza.

*Floresca se vuelve á mirar á Duncana, y
ésta la hace con mucha prontitud una
señal de inteligencia, de modo que no la
vea Ragotz, el cual dichas sus últimas
palabras procura observar á Duncana, la
que vuelve á tomar aire severo; Floresca
los mira como sorprendida. Esto debe ha-
berse con mucha viveza.*

Rag. No me direis en qué puedo
con mucha suavidad.
serviros? *Dunc.* La hija.

con mucha prontitud y disimulo.

Flor. *Ragotz*,
si el interes que os merezco,
es tan desinteresado
como imagino, yo os ruego
me digais si *Angela* mi hija
existe, si á este desierto
lugar tambien la han traído,
y si pondré en algun tiempo....

Rag. Cuándo quereis verla?

Flor. Cuándo?

al instante, en el momento:
cuanto tardo en abrazarla
me lo reprinde el afecto.

maternal. *Dunc.* Yo iré por ella.

Rag. No, Duncana, deteneos,
y no me quitéis el gusto
de hacer este corto obsequio
á esta dama.

Dunc. Vete infame,
que eso es lo que yo apetezco.

Flor. Pues hemos quedado solas,
el que me espliqueis espero,
la misteriosa conducta
que en vos estoy conociendo.

Dunc. Escuchad: vuestra prision
es el castillo soberbio
de Minski, que de Krapac
entre los montes escelsos
está situado. Ragotz
y yo el encargo tenemos
de observar vuestras acciones:
él complaciente y atento
se muestra por penetrar
vuestras ideas; yo os muestro
mucha esquivéz y aspereza;
mas vivid en el concepto
de que él complaciente os vende,
y yo esquivá os favorezco.

Flor. Si en nada os he obligado
de qué nace el favor vuestro?

Dunc. De vuestras adversidades
y mi reconocimiento.

Flor. En qué estriba?

Dunc. En que salvó
el honor y vida á un tiempo
vuestro generoso padre
al mío, que en sus postreros
instantes á su familia
la recibió juramento
de que siempre por la vuestra
se espondría á cualquier riesgo;
y así procuro cumplir
con tan religioso empeño.

Flor. O corazón generoso!

Dunc. Consolaos, que os prometo
perder la vida, ó sacaros
de este castillo, y ponerlos
en brazos de vuestro esposo.

Flor. Si mi gratitud....

Dunc. Silencio,
que alguien llega: el desinulto
sobre todo os encomiendo.

*Vuelve al semblante severo: y salen Ragotz
y Angela.*

Flor. Hija de mi corazón!
abrazándola.
es posible que te estrecho
en mis amorosos brazos?

vase.

Ang. Mamá, ¿por qué en tanto tiempo
no me has visto? pues qué ¿ya
no me quieres? *Flor.* Embeleso
de mi vida, ¿yo podría
dejar de amarte un momento?
ah! no puedes comprender
los rigurosos tormentos
que nuestra separacion
me ha causado!

Ang. Y cómo es esto
de no hallarse aquí contigo
mi padre?

Flor. Sagrados cielos! *llora.*

Ang. Lloras? sin duda me han dicho
la verdad.

Flor. Quién? *Ang.* Los perversos
que me han tenido encerrada;
pues todos los días, luego
que despertaba, pedía
me llevasen á mi tierno
y buen amigo; y entonces
unas voces como truenos,
que toda me estremecían,
decían, tu padre ha muerto:
y mi madre?... nunca á verla
volverás: al oír esto,
lloraba á todo llorar,
y me reprendían ellos,
como si un hijo pudiera
olvidar sus padres tiernos.

Flor. O cuánto me lisonjean
abrazándola.
tus amantes sentimientos!

Ang. Pues una vez que me hallo
á tu lado, jamás vuelvo
á dejarte: no es verdad?
defiéndeme de esos fieros
hombres, aunque en separarme
de tí se empenen de nuevo.
Atiende, tú, que pareces á Ragotz.
el principal: yo te ruego
que con mi madre me dejes,
verás que te lo agradezco,
y que te doy mil abrazos
con todo que eres tan feo.

Dunc. Qué preciosa criatura! *ap.*

Rag. Pues yo, Angelita, te ofrezco
dejarte con tu mamá.

Ang. Muy bien sabrás que es horrendo
delito el mentir.

Rag. Lo sé. *Música.*

Ang. Ola! suenan instrumentos:
no oyes, querida mamá?
dime tú, sabes que es esto? á Ragotz.

Rag. Varias gantes que por órden

del Palatino mi dueño,
procuran con la armonía
divertir los penamientos
de tu mamá. *Flor.* Pues decidle
que no se cause en mi obsequio;
porque nada habrá que pueda
disminuir el despecho
y horror que me inspira sola
la idea de que el adverso
destino á vivir me obligue
donde vive hombre tan lleno
de iniquidad y tan diño
de todo mi menosprecio.

Dunc. Por Dios que disimuleis. *bajo.*

Ang. Haz que vengan aquí dentro
los músicos, mamá mía:
mira, yo este día quiero
celebrar como una fiesta,
pues de verte el gusto tengo.

Flor. Y yo el de cumplir el tuyo:
lieguen.

Ang. Entrad al momento.

Traen algunos soldados una mesa ricamente cubierta. Ragotz y Duncana hacen señas á Florencia convidándola á que tome algun alimento, y ella se niega. Angela se acerca á la mesa, toma algunos regalos, y come; al mismo tiempo salta y brinca, y luego toma un plato, y le ofrece á su madre diciendo:

No quieres? pues haces mal;
porque es muy rico; estoy viendo
que los aldeanos reparan
en mí mucho; yo recelo
que tienen hambre, los pobres
querrán comer de lo mismo
que yo como, y querrán bien.

Toma algunos platos con dulces ó cosas semejantes, los ofrece á los aldeanos, y ellos manifiestan que por respeto no se atreven á tomar, de lo cual Angela enfadada se acerca á Ragotz y le dice:

Ola! ola! Cómo es esto?
con que tú me has engañado?
me dijiste, había un momento
que estas gentes nos vendrían
á divertir; pero veo
que hacen todo lo contrario;
pues de cuanto les ofrezco
nada quieren admitir,
y es es hacirme un desprecio.

Rag. No es sino veneracion:
vaya, amigos, el respeto
cese, y tomad sin reparo
lo que Angela os dá.

Ang. Me alegro.

Coge todo cuanto puede, y lo reparte de modo que la mesa en un instante queda vacía.

Cuánto comen! y qué aprisa!

No te diviertes de verlos,
mi mamá? vamos, ahora
me hareis el gusto de veros
bailar como acostumbrais
en esta tierra? va bueno,
hacen señas que sí.

dicen que sí? pues que sea
pronto, pronto: despachemos.

Se sienta junto á su madre: los demás ejecutan algunos pasos caprichosos segun el pais, y forman unos grupos grotescos. Cuando pareciese oportuno Angela se levanta, se pone en medio de todos, y dice:

Ahora es mucha razón
que yo baile; porque quiero
ver si mamá se divierte
de algun modo: yo no entiendo
eso que hacéis. Si os parece
que lo que bailo no es bueno,
cerrando todos los ojos,
os escusais lo m'esto.

Hace varios pasos de antomina, manifestando á su madre su ternura, á quien luego que concluye, abraza estrechamente, y despues dirigiéndose á los demás les dice:

Perdonad, amigos míos,
que mas escuela no tengo
que las del cariño.

Ped. Prima! *dentro.*
prima?

Flor. Qué puede ser esto?

Dunc. Esta es la voz de mi primo.

Ped. Ola! ola! cómo habiendo *sale.*

aquí jolgorio, ninguno
me ha dicho palabra?... pero
qué buena moza! quién es?

Dunc. Nada te importa saberlo.

Flor. Este es vuestro primo?

Ped. Sí señora; to'ito entero
del talon al colodrillo
soy su primo; y á mas de eso
soy el hombre mas alegre
del cortorno.

Ang. Cómo es eso?

Ped. Como de este castillo
al rededor á lo menos
en tres leguas nadie vive
sino es el buen tio Pedro,
que soy yo; se entiende, de hombres,
que animales, estoy viendo

tantos, que ando todo el día
 á bofetadas con ellos:
 vos no conoceis sin duda
 este país: es soberbio:
 os divertiréis en verle,
 si gustais de ver horrendos
 precipicios espantosos,
 cabernas, bosques inmensos,
 montes, peñascos, demonios ...
 qué se yo? pues lo que es yelos,
 nieves, granizos, ventiscas
 y tempestades de truenos
 y rayos, es bendición
 el regalo que tenemos,
 y sobre todo, unos osos
 tan mansos, tan halagüeños,
 que á cualquier hombre se tragan
 como si fuera un buñuelo:
 el que una vez llega aquí,
 ya se puede dar por muerto
 para todos los demas
 del mundo.

Flor. Qué decís?

Rag. Pedro? *con voz terrible.*

Ped. Pues qué miento en lo que digo?
 quién sabrá mejor todo ello
 que yo, que soy el que guía
 á todos los estrangeros?
 sí, señora, y á serviros
 con todo estaré dispuesto:
 con escribirme dos letras
 vendré al punto á obedeceros.

Rag. Acabarás?

Ped. Sí, ya acabo.
 Como digo de mi cuento,
 si quereis yo os guiaré
 donde quisieréis: podremos
 caer en alguna sima
 ó tener algun tropiezo
 con algun oso en ayunas
 que nos escuse el entierro;
 pero sino os llevaré
 á cualquier parte sin riesgo.

Rag. Nadie aquí te necesita
 para nada: habrá tal necio!
 Ea, márchate al instante.

Ped. No he perdido el viage, cierto:
 que me ha regalado bien
 un valiente hombre estrangero
 que he guiado á la presencia
 de mi amo, y si bien me acuerdo
 le ha traído la noticia
 agradable de que ha muerto
 su enemigo el Palati....

Rag. Infame! viven los cielos

que te mate, si prosigues.

Flor. Qué pavorosos recelos
 me han inspirado estas voces?

Ped. Pues si no quiere saberlo
 para qué me lo pregunta?

Rag. Vete de aquí.

Ped. Quién? yo?

Rag. Presto.

Ped. Yo?

recalcado.

Rag. Pues quién?

Ped. Pudiera ser

otro cualquiera, y me alegro
 de ser yo solo el mandado
 que á un hombre tan rostituerto
 y tan, tan, tan.... por no verle
 se puede ir uno al infierno. *vase.*

Sale Zam. Qué voces aquí sonaban?
 mas nada digas, ya entiendo
 lo que habrá podido ser.

Rag. Señor?

Zam. Idos al momento
 todos, y oye tú, Duncana;
 en tanto que yo prevengo
 á Floresca para darla
 una noticia, te advierto
 que hallarás en este cuarto
 inmediato al mensagero
 que ha venido á darme parte:
 hazle compañía, y luego
 que yo te llame á este sitio
 entra con él.

Dunc. Obedezco. *vase.*

Floresca quiere seguirla y la detiene
Ragotz.

Zam. Esperad v.s.

Flor. No teneis
 para mandarme desecho.

Zam. Pero para suplicaros
 que me escuchéis si le tengo.

Flor. De vuestras persecuciones
 cuándo cesará el tormento?

Zam. Muy bien sé, Floresca hermosa,
 que vuestro rigor merezco;
 pero de vuestros desdenes
 han nacido mis escesos:
 confiado en la palabra
 de vuestro padre, áliento
 dí á una pasión inicua;
 y cuando de poseeros
 se acercaba el dulce instante,
 me ví abatido y pospuesto
 al Palatino de Never,
 fuisteis su esposa, mis celos
 y mis agravios armaron
 mi venganza: era un empeño

muy superior á mis fuerzas
veros en brazos ajenos;
por fin, me dieron las armas
lo que no vuestros afectos;
y es veros en mí poder:
sabéis que pudo mi acero
acabar con vuestro esposo,
no lo hice por no ofenderos;
su estado y su libertad
me debe, y en pago de esto
jamás deja de poner
en práctica cuantos medios
la cautela le sugiere
para libraros: por eso
aquí os he traído á donde
nadie, sin haber yo muerto,
os pueda dar libertad,
y espero que con el tiempo
moderareis un desden
que no se cómo vencerlo.

Flor. No llameis desden á un odio
declarado: os aborrezco
con todo mi corazón.

Zam. Es indigno sentimiento
de una alma noble.

Flor. No hay duda:
pero cuando es el objeto
la misma perversidad,
es deuda el odio.

Zam. Yo espero
aquí donde nadie puede
de mi poder defenderos,
donde cualquier gusto mío
es inviolable precepto,
trataros con tal agrado,
veneración y respeto,
que compitan mis finezas
con vuestro aborrecimiento.

Flor. Finezas aborrecidas
son agravios manifiestos,
y el perseguidor injusto
de mi familia, en mi pecho
nunca se hará otro lugar
que el que le da este concepto.

Zam. Borrarme procuraré
mi atención; y yo os prometo
que hasta haberlo conseguido
no os hablaré de mi afecto.

Flor. Hareis bien, porque sería
añadir materia al fuego.

Zam. Aun el gusto de miraros
dejaré por no ofenderos.

Flor. Si pudieseis obligarme,
acertabais con el medio.

Zam. Medios habrá de obligaros,

que al continuado golpeo
del agua cede el peñasco
más duro; en fin, señora,
esta fortaleza....

Flor. Templo
será de la iniquidad
mientras la habite un perverso
encenagado en el crimen.

Zam. Floresca, yo os amo; pero....

Flor. Romped el dique al enojo;
que vuestras iras desprecio.

Zam. Mientras conserve esperanza
de obligaros y venceros,
podré muy bien no entregarme
á mi carácter violento;
mas si acaba la ilusión;
si desaparece el velo
con que me llegó á engañar,
y en fin, cuando sin remedio
me vea ya convencido
de que en vuestro duro pecho
nunca puedo tener parte,
abandonando lo atento,
de mi celoso furor
conoceréis los efectos.

Flor. Cuando la muerte es lisonja
á todo se pierde el miedo.

Zam. Hay tormentos más crueles
que la muerte.

Flor. Todos ellos
mientras que viva mi esposo
sabré firme padecerlos.

Zam. Y si no existiese ya?

Flor. Qué escucho?... sagrados cielos!...
si no existiese.... sería
posible? decid, ha muerto?

Zam. Sí, señora, en un combate.

Ang. Mi padre! mi padre tierno,
mi buen amigo....

Flor. Hija mía,
no tan pronto al desconsuelo
te entregues, que esta noticia
es sin duda fingimiento.

Zam. Por más que Edubinski fuese
mi rival, siempre hice aprecio
de su valor, y sus prendas;
pero asegurarnos puedo
que en Minski se halla un testigo
de su muerte.

Flor. Si algo os debo,
permitid que yo le vea.

Zam. Os afligireis.

Flor. Yo os ruego....

Zam. Qué decís? rogar? yo solo
nací para obedeceros.

Duncana?... víctima noble
Comparece Duncana, y á una seña de Zamosqui se ratira; este vuelve adonde está
Floresca, continúa.

de su denodado aliento
 aseguran que murió
 Edubinsqui combatiendo
 con el gefe de un castillo
 de mis dominios; creyendo
 que allí estabais, procuró
 entrar, y fue descubierto:
 resistió desesperado
 con algunos de sus deudos
 y parciales; pero al fin
 murió, y en sus postrimeros
 instantes manifestó
 un entrañable deseo
 de que un retrato, y un rico
 anillo para recuerdo....
 pero el mismo que los trae,
 bajo mi consentimiento,
 os dará mejor noticia.

Flor. Pesares, disimulemos: *ap.*
 yo he de hacer que este vil pruebe
 todo mi resentimiento.

Salen Duncana y Edubinsqui disfrazado
con una espesa barba, y una ancha pellica
que cubren sus vestidos.

Zam. Veamos á donde alcanza *ap.*
 el temerario ardimiento
 de un hombre amante. Polaco,
 á tu presencia estás viendo
 á la viuda de Edubinsqui,
 llega, pues, y los deseos
 cumple de tu buen señor.

Edubinsqui se acerca á Floresca, y saca
de su seno una sortija. Duncana está si-
tuada entre él y Zamosqui: asegurado de
que no le miran toma la mano izquierda
de Floresca, la pone sobre su corazon,
luego le pone en el dedo la sortija, ha-
ciéndola al mismo tiempo seña de que se
reprima; pero Floresca lo examina, lo
reconoce, y sin poder contenerse, esclama:
Flor. Cielos, mi esposo!...

Dunc. Qué es esto? *volviéndose.*

Floresca, que ha conocido su imprudencia,
queda inmóvil y confusa. Duncana muestra
en su rostro sospecha de la verdad. Za-
mosqui se manifiesta tranquilo, y Edu-
binsqui sacando con disimulo su retrato;
y volviéndose á Zamosqui se lo presenta.
Zam. Ya veo que es el retrato
 de Edubinsqui.

Floresca, aprovechándose de este pretexto

para reparar su error, toma el retrato de
las manos de Edubinsqui, lo besa varias
veces, y dice:

Flor. Amado dueño,
 Como que habla con el retrato, pero ma-
 nifestando en algun modo que habla con
 su esposo.

es posible que de verte
 recibo el gusto? ay consuelo
 de mi vida, si supieras
 lo mucho que yo padezco!

Zam. Es imposible sufrir,
 aguantar celos no puedo.

Flor. Mas yo te seré leal
 eternamente.

Ang. Yo quiero
 besar tambien el retrato
 de mi buen amigo.

Flor. El cielo,
 que no siempre inaccesible
 se ha de mostrar á mis ruegos,
 dispondrá que me reuna
 contigo.

Zam. No, por cierto, *con ferocidad.*
 no permitirán que triunfen
 la perfidia y fingimiento:
 temerario, pues podias
 presumir que mis recelos
 dejarian de expiar
 tus mas leves movimientos
 y acciones? sí, yo he sabido
 tu resolucion: confieso
 no te creía capaz
 de tan loco atrevimiento:
 tú por tí mismo has venido
 á tu sepulcro.

Edu. Primero

Arrojando pronto baston y pellica, y des-
embainando.

verás tu muerte.

Dunc. A llamar
 la guardia voy.

Flor. Deteneos.

Edu. Le hallarán hecho pedazos.

Angela y Floresca detienen á Duncana,
la cual con señas manifiesta que aquello
conviene, entre tanto los dos combaten con
alternativa ventaja hasta que Edubinsqui
cae en tierra. Zamosqui va á traspasarlo,
y Floresca se pone en medio para reparar
el golpe. Angela tira por detras de su
pellica á Zamosqui: los cosacos entran y
se apoderan de Edubinsqui. Duncana de-
trás de todos levanta al cielo las manos, y
Ragotz á un lado con la espada desnuda

muestra su alegría, de modo que forme un
tabló agradable.

Flor. Zamosqui, á tus pies te ruego
que la vida le concedas.

Zam. Está bien: se la concedo;
pero será para darle
y á tí tambien mil tormentos
que os hagan apetecible
la muerte: soy todo estremos:
amo con toda mi alma,
y con todo le aborrezco.

Edu. Solo un bárbaro tirano
como tú, diera tal premio
á una accion que aunque me espone
á tu vil resentimiento;
nace de un noble principio;
tú mismo allá en lo interno
de tu corazon la apruebas,
la alabas, y aun decir debo
que la envidias porque no eres
capaz de tan alto esfuerzo.

Zam. A tu desesperacion
de esta manera contesto.
Duncana, Ragotz, al punto
preparaos, disponeos
pa a servir mi venganza.

Dunc. Descansad sobre mi celo:
pronto se arrepentirán
los dos de su atrevimiento.

Zam. Ragotz, esos tenebrosos
abismos ha tanto tiempo
sin egercicio, esas minas,
en cuyos lóbregos senos
sempiterna noche habita,
sean su prision; y luego....
oye aparte, por si acaso
los parciales y los deudos
de mi ribal determinan
de algun modo sorprendernos
harás que sobre el castillo
se despliegue el primer tercio
de cosacos que á la falda
está del monte.

Raz. Bien presto
te verás obedecido.

Zam. Ea, pues, conduce luego
á los tres á su destino.

Flor. Si algo contigo merezco....

Zam. Se acabaron las finezas,
solo á mi venganza atiendo,
á aborrecer me enseñaste,
quiero seguir tus egemplos.

Flor. A tus pies.... de rodillas.

Edu. Muger, qué haces?
es posible que te veo

á los pies de un criminal
deshonor del universo?
de esta suerte te envileces?
tanto en tí de los tormentos
puede el temor, que te olvidas
del tuyo y de mi respeto?
muere firme; mas no incurras
en tan vil abatimiento.

Flor. Si miras que me degrado,
de esposa y madre el afecto
me disculpa; no por mí
á la humillacion desciendo.

Edu. No se ha de comprar la vida
por abominables medios.

Flor. Yo se morir como nadie
podrá imitarme.

Zam. Veremos
como dura esta firmeza
al exámen del tormento.

Dunc. Eso sí, sufran, padezcan
y mueran á los aceros
de un continuado dolor
mas cruel cuanto mas lento.

Zam. Llevadlos, pues, que su vista
me es insufrible.

Ragotz y soldados llevan á Angela, Edu-
binsqui y Floresca, á la que antes arri-
mándose Duncana con disimulo le aprieta
la mano, y la dice:

Dunc. Aliento
que no me descuidaré:

Zam. Agradezco mucho el celo
que en servirme manifestas:
cuanto valgo, cuanto tengo
será tuyo, si me ayudas
á conseguir mis intentos.

Vase.

Dunc. No lo esperes, que Duncana
aborrece tu perverso
corazon; y aunque no fuera
por defender los derechos
de la inocencia oprimida,
se opondria á tus deseos
para cumplir con la deuda
de un noble agradecimiento.

ACTO II.

El teatro representa lo interior de una
mina cortada en arcadas que por todas
partes se prolongan hasta perderse de
vista: á la izquierda frente del segundo
plan hay una especie de pilar grosera-
mente cortado, que sirve de punto de
apoyo á dos arcadas, la que está á la
izquierda entre el bastidor y el pilar se

juzga que comunica con el castillo por medio de los subterráneos y está cerrada con una puerta de rejas: en medio del techo en el cuarto plan, hay un agujero que sirve de abertura á la mina: en medio de este agujero hay un madero perpendicular con escalones ó pelillaños para subir y bajar: al pie del madero hay una reja horizontal que cierra la comunicacion á la mina por el piso interior. Por la abertura de la mina y por el madero bajan dos cosacos, de los cuales el uno trae una antorcha ó hacha encendida, y el otro un sable desnudo, amenazando la cabeza de Edubinski, á quien descuelgan en una cesta con los ojos vendados: luego que han llegado abajo, Ragotz manda al cosaco de la hacha que encienda una lámpara colocada detras del pilar, de modo que el interior de la mina se alumbrase de una manera pintoresca. Edubinski se quita el velo que le cubre los ojos, y queda atónito del horror que le inspira el sitio; Ragotz reconoce la mina.

Cos. Pues el sitio habeis ya visto, decid si aquí el preso queda.

Rag. Tú que conoces mejor este lugar de tinieblas, qué opinas?

Cos. Que si le dejan aquí, se le pueden dar una y mil enorabuenas, porque el parage es alegre, cómodo, sano....

Rag. Tú piensas que á mi me gustan las chanzas?

Cos. Yo, señor, hablo de veras; pues comparada esta estancia con la inferior, se pudiera reputar por un palacio; y en fin, aquí es donde encierran á las mugeres.

Rag. Qué dices?

Cos. No admiro que ignoreis estas cosas, pues ha poco tiempo que servís en las banderas del Palatino: este, pues, recluye aquí las bellezas que su voluntad resisten, y suele venir á verlas por esa puerta de hierro que tiene correspondencia con el castillo, y yo pienso que aquí traerán á Floresca.

Rag. Pues segun eso, su esposo es preciso que descienda á la parte inferior; pues no podrán de esta manera verse ni hablarse; y yo quiero dar al Palatino pruebas de que hago cuanto es posible para el tormento, y la pena de dos personas que quiere que lentamente perezcan.

Cos. Muy bien hecho.

Edu. Hombres crueles, está dada la sentencia contra mí?

Rag. No falta mucho.

Edu. Cuánto tardais en ponerla en egecucion?

Cos. No he visto á nadie con tanta priesa para ser atormentado.

Edu. Para mí la mayor pena es estar viendo malvados.

Cos. El remedio es fácil: cierra los ojos.

Pag. Véndaselos y escúsale que nos vea.

Edu. Yo no lo consentiré.

Rechaza al cosaco que se le acerca.

Cos. Déjate de resistencias, y te irá mejor: teneis vos la llave de la reja?

Rag. Si.

Cos. Pues venga y abriré.

Abre la reja horizontal.

Tú, bien será que precedas con la luz, y luego el preso, que yo iré detras: paciencia amigo, y obedeced.

Edu. Aunque el hondo abismo fuera adonde me condugeseis, no veriais mi firmeza alterada, porque siempre va conmigo mi inocencia.

Por los escalones del madero que sirve de centro á la reja, baja el cosaco con la hacha, y le sigue Edubinski, y el otro cosaco dice:

Cos. No hay necesidad de que vos bajeis, porque pudierais maltrataros. *Rag.* Tardareis?

Cos. En qué? en una diligencia que se hace en cuatro minutos?

Rag. Pues baja. *Cos.* Sea enorabuena. *Baja el cosaco. Ragotz queda apoyado el brazo en el madero mirando abajo, y*

por la puerta de la izquierda que comunica al castillo, salen Floresca y Duncana: *está sobre la reja.*

Dunc. Seguidme, amada Floresca:

este es el sitio horroroso
en que habeis de vivir presa;
vuestra custodia á mi celo
el Palatino encomienda,
y yo tan vil comision
jamás aceptado hubiera,
á no ser por la esperanza
de libraros: como quepa
en lo posible, contad
vuestra libertad por cierta,
no os desanimeis, que yo
de situacion tan se vera
con poderosos ausilios
dulcificaré las penas.

Todo esto lo dice Duncana con mucha dulzura, y como sosteniendo á Floresca á quien conduce hacia un banco de piedra que habrá donde parezca mas cómodo para la accion.

Rag. Ruido se escucha.

Se adelanta como para registrar.

Dunc. Ragotz

está aquí: mudar de idea
conviene.... vamos, madama,
con aspereza.

que no estoy para oír quejas,
y el pretender ablandarme
es pedir al campo estrellas.

La reempuja torpemente hacia el banco, y luego volviéndose á ella con las manos juntas, y con mucha espresion la dice con disimulo.

Ah! perdonadme, señora,
que es precisa esta violencia.

Rag. Con mas blandura, Duncana,
que no es Zamosqui una fiera
para querer que sus presos
se traten con tal dureza.

Dunc. Quién os mete á vos en eso?
yo haré lo que me parezca
conveniente.

Rag. Esta muger *ap.*
tiene el corazon de piedra.

Dunc. Esa es vuestra habitacion;
Mostrándole una concavidad de peñas á la derecha.

yo me encargo de que en ella
encontrareis lo necesario

y no mas. Rag. Pero á una dama
de tanta delicadeza....

Dunc. Os repito que no gusto

de que ninguno se meta
en lo que es mi obligacion;
atended solo á la vuestra.

Rag. Señora, estad persuadida á Flor.
á que si en mí consistiera....

Dunc. Madama no necesita *ruido.*

vuestro favor: y pues suena
ruido en la parte inferior,
mejor seria que fuerais
á informaros de la causa,
pues que con vuestra cabeza
respondeis de cuanto ocurra
allá abajo. Rag. La advertencia
estimo: si acaso el preso

Llegándose al madero.

revelársenos intenta?

pero de cualquiera modo
importa allá mi presencia. *baja.*

Duncana, apenas se oculta Ragotz acude
á la apertura, y se pone á observar.

Dunc. Vete. Ya ha llegado abajo,
y parece que se aumenta
el ruido: aquí necesito
de toda mi diligencia.

Vase por donde ha salido.

Flor. Qué pavorosa mansion!

Duncana?... tambien me deja;
pero todos los esfuerzos
de una amistad, qué pudieran
contra el desvelo de cuantos
enemigos me rodean?

hija! esposo!.... conque ya
no es dado que á veros vuelva?
el implacable Zamosqui
para siempre, oh Dios! ordena
que nos separen... con cuánta
exactitud y presteza
sus órdenes se han cumplido!
ó amargura! ó noche eterna!
ó tormento de tormentos!

Se deja caer agoviada de dolor.
desventurada Floresca!

Duncana trae de la mano á Angela: ob-
serva rápidamente si le pueden sorpren-
der, corre hacia Floresca.

Dunc. Abrazad á vuestra hija.
Flor. Angela! *abrazándola.*

Dunc. Vuestra ternera
moderada; conozco que
para una madre no hay pena
como el verse separada
de su hija: aquí la vuestra
se queda, yo volveré
cuando importare, por ella;
mas tened mucho cuidado

de que ninguno la vea.

Flor. Pero vuestro dueño....

Dunc. El dueño

que á mí me rige y gobierna
está aquí. *señalando el corazon.*

Flor. Pero Zamosqui....

Dunc. Me manda

perseguíros, pero ordena
mi corazon que yo pague
de mi gratitud la deuda.

Flor. O generosa muger!

Dunc. Recelo que nos sorprendan:
á Dios

Ang. Y que no me abrazas?

*Duncana, que está ya en la puerta de
hierro, vuelve á la voz de Angela, y
viéndola con los brazos abiertos, corre á
abrazarla y d Floresca. Suenan dos toques
de trompa de caza bajo.*

Dunc. Los dos toques manifiestan
que suben.

*Por la abertura de la reja horizontal se
ven las luces de los que suben. Duncana
lleva á Angela, y la esconde en una con-
cavidad que está entre el pilar y la reja,
y luego desaparece y cierra la puerta de
hierro, diciendo antes.*

En este hueco

está bien: á Dios, que llegan. *vase.*

*Suben Ragotz y los Cosacos, de los cuales
uno cierra con llave la reja.*

Flor. Y yo no lo olvidaré
por lo que importarme pueda.

Rag. Y la llave?

Cos. Veisla aquí.

Rag. Pues idos enhorabuena.

*Un cosaco da dos toques de vocina, ó sino
de trompa, sube la cesta, y luego ellos
por el madero.*

Esta muger me enamora, ap.

y para haber de vencerla,
me es fuerza seguir un rumbo
que enteramente difiera

el que ha seguido Zamosqui:

interesarme en sus penas,

lisonjear su dolor,

es la mas segura senda

del acierto: ella imagina

que para siempre se encuentra
separada de su hija

y su esposo; conque es fuerza

que dándola yo esperanzas

de verlos, me lo agradezca;

yo me guardaré muy bien

de cumplir lo que prometa,

que no han de faltar pretextos
con que disculparme pueda:

poco á poco ganaré

su confianza; y pues de esta

hasta el amor, solamente

un paso dicen que media,

no es difícil franquearlo:

de Duncana la presencia

solo temo: ella parece

tan inflexible y severa

en cumplir su obligacion,

que seria diligencia

peligrosa el intentar

seducirla: la cautela

es el único recurso

que puede librarme de ella;

yo lo dispondré de modo

que llegue á descomponerla

con Zamosqui; y de este modo

yo solo seré el que tenga

la obligacion de cuidar

de la hermosa prisionera:

esto ha de ser; nada logra

aquel que á nada se arriesga.

*Durante este monólogo Ragotz maquinal-
mente se sienta sobre un banco que estará
al pie del pilar, se quita la trompeta y
gorra y las deja sobre el banco, y
juntamente la llave de la reja horizontal.
Floresca lo advierte, y luego que Ragotz
se levanta hace señas á su hija de que coja
la llave, y abra la reja. Angela lo hace
con el mayor disimulo, y se llegan al pie
del madero.*

Os parecerá este sitio
espantoso? *Se encamina á Floresca.*

Flor. Pues no es fuerza?

Rag. Si á lo menos no estuvieseis

separada de las prendas

dulces de vuestro cariño.

Flor. Entonces para mí fuera

jardin de delicias lleno,

este lugar de tinieblas.

Rag. Vuestro esposo está á mi cargo.

Angela hace esfuerzos para abrir: se oye

el ruido de la primera vuelta de la llave.

Ragotz vuelve la cabeza como receloso, y

Floresca temerosa que repare en su hija,

le dice con la mayor dulzura.

Flor. Me dejais? no os interesa

mi situacion? *Rag.* Me lastima:

á no estar solos, creyera.... *ap.*

Flor. Conque mi esposo depende

de vos? qué angustia tan fie-

Rag. Y de vos depende el ver

cuando gustareis.

Flor. De veras?

Rag. Sí señora. Flor. Pues hablad, porque me hallareis dispuesta á cualquiera sacrificio.

Durante este diálogo, Angela saca la llave de la cerradura, la deja en el mismo sitio y se esconde.

Rag. O cuánto me lisonjea este principio! *ap.*

Flor. Decid, no me tengais mas suspensa, qué he de hacer?

Rag. Agradecer....

Flor. En pechos nobles es deuda la gratitud.

Rag. Y ayudarme, para que Duncana sea alejada de estos sitios; pues se opone su presencia á mis designios.

Flor. Lo creo.

Ah traidor! *ap.* pero esa empresa me parece muy difícil, porque creo que es la entera confianza de Zamosqui Duncana.

Rag. Aunque lo sea, ayudareis mis designios?

Flor. En cuanto de mí dependa, por qué no?

Rag. Pues eso basta: á Dios, hermosa Floresca: pronto volveréis á verme, y espero traeros buenas noticias. Que bien me entere

Coge la gorra y llave.

de estas minas, me encomienda el Palatino, y ahora al favor de esta linterna quiero registrarlas todas; y entre tanto acá en mi idea iré preparando medios para que Duncana pierda su favor, á Dios, señora. *vase.*

Flor. El os guarde.

Floresca observa la idea de Ragotz, y cuando le considera ya lejos, corre á abrazar á su hija.

Amada prenda;
hija de mi corazón,
bendiga Dios tu agudeza:
¿cómo me entendiste?

¿cómo me entendiera?

Flor. Qué peligro tan terrible! mas la reja?

Ang. Ya está abierta.

Angela y Floresca levantan la reja, y se ponen á hablar, dirigiendo la voz á la parte interior

Flor. Edubinski, esposo amado?

Ang. Padre mío?

Flor. Ven apriesa, ven á abrazar á tu esposa y á tu hija.... mas ya llega.

Sube Edubinski por el madero y abraza tiernamente á su hija y su esposa á un tiempo, formando un grupo agradable.

Edu. Es posible que mis brazos amorosos os estrechan? hija.... esposa.... mas decid, estamos solos en estas mansiones de horror?

Flor. Ragotz la registra, pero es fuerza que la luz que lo dirige nos avise de su vuelta.

Edu. Sin embargo no espongamos vuestra vida á contingencias fatales; por dónde fue?

Ang. Por aquella obscura cueva.

Edu. Pues ponte en observacion y á cualquier ruido ó cualquiera vislumbre....

Ang. Basta: lo entiendo.

Edu. Mas á quién debo, Floresca, la dulce satisfaccion de veros? Flor. A tu hija tierna principalmente.

Edu. Ah! si el fiero Palatino no me hubiera descubierto hoy mismo, hoy mismo cesado habrian las penas que nos afligen.

Flor. Pues cómo?

Edu. Doscientos hombres de entera confianza, y de un valor experimentado quedan en las montañas vecinas al castillo, los gobierna, el valeroso Polaski, y tan solamente esperan que yo les indique el modo de lograr una sorpresa, y cuando no, de asaltar el castillo á viva fuerza; pero preso en este sitio espantoso, no me queda arbitrio para avisarles

de mi desgracia funesta,
y notando mi tardanza,
abandonarán la empresa,
dejándonos en poder
del tirano: ó quien muriera
mil veces antes de verse
objeto de tan adversa
fortuna! todo me falta,
todo auxilio se me niega.

Flor. No desconfíes: que aun hay
quien de nosotros se duela.

Edu. Y quién es?

Flor. Una muger
generosa que se arriesga
por nuestro alivio á la muerte:
Duncana.

Ped. Esperad, esperad.

Arriba cantando

Flor. Mas qué voz suena?

Pedro baja cantando por el madero: trae una cesta en el brazo: Angela y Edubinski se ponen tras del pilar; pero de modo que puedan ser vistos. Floresca está á un lado á la izquierda del teatro, y todos prestan atencion á las palabras que canta Pedro, como interpretando su sentido.

Ped. «Tristes habitantes *cantando.*
«de esta soledad,
«que tantas desdichas
«experimentais;
«en la Providencia
«mil recursos hay.
«Esperad, esperad.

Flor. Pedro el primo de Duncana
en este; ya no me queda
temor ni recelo alguno
de que aquí juntos nos vea.

Ped. «Si en el feliz tiempo *cantando.*
«de prosperidad,
«de nuestra familia
«la calamidad
«generosamente
«hicisteis cesar.
«Esperad, esperad.»

Flor. Sin duda habla con nosotros
el sentido de la letra:
pues vos aquí, Pedro amigo?

Ped. Pues que maravilla es esta?

Flor. No temeis?...
Ped. Lo que cualquier

hombre honrado es bien que tema,
que es pasar plaza de ingrato:
mi prima, pues, me encomienda
que os diga....

Flor. No, no prosigas,

que la luz que reberbera
en aquella obscuridad,
claramente manifiesta
que vuelve Ragotz.

Ped. Ragotz?

ahí es una friolera;
pero no hay que desmayar:
escondeos con presteza
vosotros, y vos, señora
convenid en cuanto pueda
adular á ese bribon. *se esconden.*

Sale Ragotz. Apagaré la linterna,
y escucharé lo que dicen,
que extraño el que Pedro venga
á las minas.

Ped. Pues, señora,
os puedo afirmar de veras
que en el capitan Ragotz
concurren ilustres prendas:
es muy noble, un bribonazo, *ap.*
y podeis tener entera
confianza de él: lo mismo *ap.*
que de mi difunta abuela,
y aunque dicen que es severo,
tanto á las damas respeta
y sirve, principalmente
cuando afligidas se encuentran,
que todas su bizzarria
y buen corazon celebran.

Rag. No es este Pedro tan simple
como indica la apariencia.

Ped. Confíadle vuestros males,
como si un hermano fuera....
pero vos.... señor.... *turbado.*

Rag. Prosigue,
que las alabanzas suenan
muy bien en boca de un hombre
que de sencillo se precia.

Ped. Me parece que no he dicho
cosa que no sea cierta.

Flor. Y en mí, para persuadirme
á verdad tan manifiesta,
el testimonio de Pedro
era demás.

Rag. No creyera
deberos tanto favor

Ped. Pues no es tanto como piensas. *ap.*

Rag. Pero á que has venido aquí?

Ped. Por cierto pregunta bella!

bien claro se advierte: vaya
no reparais en la cesta?

Rag. Y tú eras el que cantaba?

Ped. Esta es otra: la firmeza
y frescura de mi voz,
con otra alguna pudiera

equivocarse?

Rag. Creí
que oía voces diversas.

Ped. Los ecos que se repiten
por todas esas cabernas
os lo harían parecer.

Rag. Este Pedro mil sospechas *ap.*
me causa.... si con su prima
estará de inteligencia?
pero á qué fin? sin embargo
no sé qué mi alma recela. *registra.*

Flor. Yo estoy temblando: por Dios
haz que se vaya.

Ped. Si fuera
tan fácil como el decirlo,
ya estaría tres mil leguas
de aquí.

Rag. Dí, te ha encargado Duncana
que á la mina descendieras?

Ped. Lo que es encargarme, no;
que yo me ofrecí de buena
voluntad, porque tenía
que hablarlos.

Rag. De qué materia?

Ped. Braba disculpa me ocurre: *ap.*
pues señor, no se os acuerda
que me encargaste que fuese....

Rag. A dónde?

Ped. De aquí una legua
á mandar que los soldados
avanzados se vinieran
replegando....

Rag. Basta, basta.

Ped. Por si acaso una sorpresa
de parte de los parciales....

Rag. Que calles digo.

Ped. Esa es buena:
pues no me he de disculpar?

Rag. Y por qué con la prèsteza
necesaria no has cumplido
mis órdenes?

Ped. La respuesta
os la podeis dar vos mismo.

Rag. Atrevido!...

Ped. Valga flema,
y atended: si los soldados
al fuerte no se replegan,
vos teneis la culpa. *Rag.* Yo?

Ped. Si señor, y si por esa
razon alguna desgracia
sucudiese; recibirais
castigo del Palatino:
pues, señor: segun las nuevas
órdenes, puede salir
nadie de la fortaleza

sin un pasaporte vuestro?
no estaria yo de vuelta
si vos me lo hubieseis dado?

Rag. Dices bien, y de mi necia
distraccion originarse
podrian mil contingencias
fatales: yo te suplico
que hagas todo cuanto puedas
para reparar la falta
cometida, si deseas
ser recompensado: vamos,
sube, sube.

Ped. Si supierais
la poca gana que tengo.

Rag. Tú quieres con mi paciencia
acabar? *saca la espada.*

Ped. No, señor, no:
Sube por el madero.
ya subo, y mas que de priesa.

Rag. Señora mia: Duncana,
sino conoce, recela
que me intereso por vos;
este Pedro....

Flor. De su lengua
no oisteis satisfacciones
cumplidas?

Rag. A pesar de ellas
sospecho que le ha enviado
Duncana, porque advirtiera
si acaso en vuestro favor
temblaba yo las violentas
órdenes del Palatino,
mas yo todas sus cautelas
desprecio: y os serviré
contra todo cuanto quiera
intentar esa muger
sin piedad; y solo os ruega
mi afecto que no olvideis,
hermosísima Floresca,
que me prometisteis daros
por obligada.

Flor. No fuera
yo noble, si agradecer
no supiese las finezas:
contad conmigo lo mismo
que yo cuento con vos.

Rag. Esa
confianza que mostrais
basta para recompensa
de su cariño: quedaos
con Dios: fuerza es que vuelva *ap.*
con disimulo á observar
todo lo que aquí suceda;
que la venida de Pedro
me ha llenado de sospechas.... *vase.*

Edu. Esposa mia, á pesar de la situacion funesta en que nos hallamos, creo que de la libertad nuestra conseguiremos el fin, si Duncana hace que sepan nuestros parciales y amigos los peligros que nos cercan; pues acudirán sin duda á socorrernos.

Flor. Proteja el cielo sus intenciones y buen deseo.

Sale Duncana. Floresca, por la puerta, no os movais vos, que de arriba os esponéis á que os vean.

Edu. *binsqui se cubre con el pilar de modo que no le vean de arriba.*

Flor. La inquietud que en vos advierto mis cuidados acrecienta.

Dunc. Ay desventurados hijos de mi bienhechor! la adversa fortuna que padeceis vuestros peligros aumenta por instantes: de su ceño la ojeriza á tanto llega, que Zamosqui solamente con sus celos se aconseja y con su temor; y así receloso de que puedan los partidarios, á quienes vuestro destino interesa con el oro y con las armas desvanecer sus ideas; ha resuelto deshacerse de un rival, á quien detesta con todo su corazon, y hoy determina que muera vuestro esposo.

Flor. Ah! el mismo golpe acabará con mis penas.

Ragotz comparece á mitad del madero, pero de modo que no puede ver á Edu- binsqui.

Dunc. No tanto os desconsoléis; pues que mi amistad os resta, y sabré morir por vos.

Rag. Pues ya de su inteligencia recíproca no me puede quedar ni aun una ligera duda, al instante á Zamosqui voy á dar de todo cuenta.

Flor. Dios santo! si de este modo atribulais la inocencia, qué horrible será el castigo

vase.

que á los malvados reservas!

Dunc. No es tiempo ahora de tristes exclamaciones y quejas, sino de resolucion, energía y fortaleza: yo he imaginado un medio, y es el único que resta para poder sustraeros de Zamosqui á la violencia: desesperado parece, pero cuando nos estrecha el peligro, suele ser la temeridad prudencia, y pues que teneis valor, y el númen eterno vela sobre el inocente, oidme.

Mientras que duren las negras sombras de la fria noche, por esa puerta de rejias saldreis á una sala baja, que comunica á una amena instancia del jardin; luego seguireis á la derecha un terrazo, á cuyo fin encontrareis una puerta que dá al campo: esta es la llave: como la naturaleza hace inespugnable el fuerte por aquí no hay centinelas: y para cualquiera caso é imprevista contingencia, con estas armas podeis

Le da unas pistolas.

tratar de vuestra defensa; y hallaros de aquí muy lejos para el punto que amanezca.

Edu. Y vos, Duncana?

Dunc. No corro

peligro: cuando yo crea que estais ya tan alejados que nadie alcanzar os pueda; doy voces, vienen, y á este madero atada me encuentran (que esto Pedro y yo lo haremos con la mayor diligencia). Yo supondré que un desmayo, efecto de la fiereza con que vos me habeis tratado, ha impedido que pudierais denunciar vuestra evasion mas pronto: Zamosqui es fuerza que lo crea, y aun que aplauda mi celo; y á esto se agrega que como el traidor Ragotz está encargado de vuestra

custodia, de vuestra fuga
caen sobre él las sospechas.

Edu. Muger generosa!

Flor. Cómo

podremos tantas finezas
recompensar?

Dunc. No perdiendo

tiempo en inútiles muestras
de gratitud, lo que importa
es que no olvideis las señas:
la sala baja, el jardín,
el terrazo, y por la puerta
del campo....

*Cae de arriba una piedra con un papel
atado.*

pero que es esto?

Válgame Dios! una piedra
y atado en ella un papel? *Lo suelta.*

Qué será lo que contenga?

Veámoslo, pues.

Lee. «Ragotz ha descubierto que Duncana os favorece.»

Flor. Infame!

Edu. Murió la esperanza nuestra.

Lee.

Dunc. «Y acaba de participárselo al Palatino, el cual se dispone para bajar cuanto antes á las minas: procurad por algun medio evitar el golpe, que si conseguís esolas tres horas de dilacion, podeis contar con vuestra absoluta libertad.»

Edu. Mas qué medio puede haber?

Flor. La muerte, la muerte fiera,
que es el único recurso
del infeliz.

Dunc. Si pudiera.... *Discurriendo.*
pero es materia imposible.

Edu. Si el valor....

Dunc. Nada remedia;
pero decidme, conoce
el tirano vuestra letra?

Flor. Si.

Dunc. Pues no desconfieis:
cautela contra cautela
opongamos, y este libro *Lo saca.*
de memorias ahora sea
instrumento de salud:
escribid luego á cualquiera
alcalde ó amigo vuestro,
el que se hallare mas cerca
de este castillo, implorando
su auxilio, y que la respuesta
se la dirija á Ragotz,
como sugeto de vuestra
absoluta confianza. *Floresca escribe.*

Las Minas

Vos ocultaos en esta
concauidad, sin perderme
de vista, y á cualquier seña
que yo os hiciere, salid.

Edu. No será mejor que vierta
su infame saugre....

Dunc. El valor

para ocasion mas estrecha
reservad; vuelvo á deciros
que os oculteis, y la tierna
Angela quede conmigo:
no temais nada por ella,
que de su seguridad
respondo con mi cabeza.

*Se oculta Edubinsqui. Floresca entrega á
Duncana lo que ha escrito y dice ésta
aprobándolo*

Perfectamente: hija mia,
toma este escrito, y atenta
siempre á todas mis acciones,
cuando vieres que una seña
con la cabeza ó las manos
te hago, con toda cautela
arrimándote á Ragotz,
dentro de la faltriguera
de su pellica....

Ang. Ya entiendo:

sí, sí, lo haré de manera....
pero oigo pasos y ruido.

Dunc. Zamosqui sin duda llega:
él es, ánimo, señora,
que aquí es menester firmeza.

*Se oculta Angela tras del Pilar, Edubinsqui se mantiene oculto, y salen por la
puerta de rejas Ragotz y Zamosqui, y
cuatro cosacos con luces.*

Rag. O generosa Duncana!

ahora la recompensa
recibireis de la fe
y del celo que os alienta.

Dunc. Bien te entiendo; mas el triunfo
ya veremos por quién queda.

Rag. Aquí tencis la muger
que esteriormente severa,
vuestro amor y confianza
ingratamente atropella,
pues en este mismo sitio
la he visto dar á Floresca
auténticos testimonios
de cariño, y proponerla
ausilios proporcionados
para su evacion.

Dunc. Si fuera
posible que el Palatino
formase alguna sospecha

de una muger, que diez años le sirve, dándole pruebas de lealtad inviolable, era preciso siguiera que la acusacion naciese de algun hombre, cuyas prendas inspirasen confianza, y no de quien hace apenas un año que sirve aquí extranjero, que fomenta solo intrigas ambiciosas; y que con indiferencia no puedo ver el favor con que mis servicios premia el Palatino, y por eso en ocasiones diversas ha inventado seducirme, y viendo que mi prudencia ha evitado sus engaños, con invencion tan grosera solicita.... pero en vano es que mi concepto pierda.

Zam. Qué es lo que escucho!

Rag. Que á tanto extremo tu ficcion llega! Yo he tratado seducirte? y podrás dar una prueba de lo que afirmas?

Dunc. Traidor, si hasta aquí tuve paciencia, si hasta aquí, por no perderte, silencio impuse á mi lengua, puesto que mi indignacion de tan estraña manera provocas, vera Zamosqui tu perfidia descubierta: Examínad á Madama, Señor, y á su hija tierna; que en vano de mí se oculta, y él mismo ha traído á esta lóbrega estancia este dia para obligar á Floresca.

Coge de la mano á Angela y la empuja hácia Ragotz, y la dice apart: con mucha prontitud y disimulo.

Ahora es tiempo. (*ap.*) Preguntadles Angela le pone á Ragotz el papel en la pellica.

si las ha hecho mil ofertas, y si las ha prometido librarlas de la severa vigilancia de la infame Duncana, que su fiera estos defectos y otros me aplica.

Rag. Si hay en la tierra verdad, la mia....

Ang. Soldado, cuidado con que no mientas, porque te castigarán.

Zam. Es verdad esto, Floresca?

Flor. Es muy cierto que Ragotz compadecido á mis penas me ha ofrecido su socorro, y en premio de su fineza únicamente exigia que agradecida le fuera solo en cuanto....

Zam. Basta, basta.

Rag. Soy perdido.

Zam. Tú atreverte á la belleza en que tu señor adora? tú al dueño de mis potencias pedirle agradecimiento?

Rag. Señor, por Dios que me atiendas.

Zam. Y qué podrás oponer á tan evidentes pruebas!

Rag. La verdad, la verdad sola; ella será mi defensa; porque si yo hubiera sido capaz de traicion tan fea, si hubiese puesto los ojos en esta dama, estuviera ahora en este lugar? Cruzando montes y selvas desde Sandomir aquí no la he traído? pudiera alguno haberme estorbado el apoderarme de ella sin que de tal atentado quedasen ni aun leves señas?

Zam. Dice bien.

Dunc. Para acabar tan pesadas diferencias, y decidir quién de entrambos es culpable, solo os ruega mi celo que se registre ese vil, porque se encuentra en su poder una carta, que le ha entregado Floresca, sin que todo su cuidado contra mi acecho valiera.

Rag. Yo carta? yo escrito alguno?

A una sena de Zamosqui, lo registran, y en la pellica hallan el libro de memorias. registrese enhorabuena: mi lealtad.... mi opinion.... mas que es lo que miro? horrenda traicion!

Le sacan el libro, y lo presentan.

furioso.

Dunc. Ved si en ese libro
de memorias la certeza
de mi verdad se confirma.

Rag. Llegó mi muerte.

Zam. La letra

es de Floresca, no hay duda,
y dice de esta manera.

Lee. «Al Palatino de Polonia: Noble amigo;
«mi esposo, mi hija y yo, somos prisioneros del feroz Zamosqui, que nos tiene
«encerrados en las minas de Minski: El
«cosaco que os entregará este libro de
«memorias es de toda nuestra confianza;
«abien podeis fiarle cualquiera secreta comision; porque ademas de su fidelidad
«y conocido valor, es secreto é implacable enemigo de nuestro perseguidor.»

Rag. Pérfida muger!

Zam. Traidor!

Rag. Señor, oidme

Zam. La lengua

suspende, porque no cabe
en culpas tan manifiestas
disculpa alguna; al momento
desnudadle: atado sea *lo hacen.*

á ese pilar, entretanto
que mi cólera decreta
suplicio correspondiente
á tan desusada ofensa.

*Le atan á un anillo de hierro que habrá
en el pilar.*

Rag. Poco tardareis, Zamosqui,
en conocer mi inocencia,
y arrepentirte de haber
fiado de esa perversa.

Zam. Dónde está preso Edubinski?

Dunc. En la mina inferior.

Zam. Venga la llave.

Saca la llave de la pellica de Ragotz.

Dunc. Aquí está, señor:

yo misma abriré la reja. *lo hace.*

Zam. Registrar quiero la mina,
y ved si cumplidas quedan
mis órdenes: id delante:

A los cosacos.

Tú, Duncana, aquí me espera.

Dunc. Así lo haré.

*Bajan los cosacos, Zamosqui los sigue, y
cuando ya todos se han desaparecido,
después de una breve pausa, Duncana
hace señas á Edubinski, y este sale.*

Ahora es tiempo:

al punto cerrad la reja:

huid todos, huid todos,

ni un solo instante se pierda:

dad un toque por señal,
que es precisa diligencia:

Toca y baja el cesto.

á vuestra hija y esposa
poned al punto en la cesta.

Flor. A dos toques subirá.

Dunc. No hay duda que esa es la seña.

Rag. Ellos son: de huirse tratan:
que desatarme no pueda!

Dunc. En la parte superior
solo están de centinela
dos cosacos: cuando os vean
con la gorra y la pellica
de Ragotz, fuerza es que os tengan
por él: las sombras ayudan
al engaño; y cuando fuerais
conocido, armas llevais
para haceros paso: apriesa.

Edu. Cuánto siento no llevaros!

Dunc. Abrazadme por postrera
vez, y luego atadme.

Flor. Ataros?

Dunc. Es precisa diligencia,
para poder disculparme:
sabe Dios cuánto me pesa!

*La ata á otro anillo de hierro de los
muchos que habrá clavados en lo que fi-
guran rocas, y si ser puede de modo que
Ragotz y Duncana no se vean, par: lo
cual puede servir el pilar interpuesto:
toda esta última escena se ha de hacer con
mucha rapidéz y en vos baja, para que
Ragotz nada entienda.*

Dunc. Fingid que me maltratais,
y que me impedis que pueda
alzar la voz, y un pañuelo
ponedme en la boca.

Edu. Sea, pues vos lo quereis.

Dunc. Traicion; Zamosqui. *Gritando.*

Edu. Calla, perversa.

Rag. Qué escucho!

Edu. Mas para que
no estorben nuestras ideas
con las voces, este lienzo
freno sea de tu lengua.

A Dios; muger generosa.

*La abrazan los tres: dá dos toques y
suben.*

Rag. Ellos huyen, no me quepa
mas recurso que morir
rabiando.

Flor. Bondad inmensa,
dirige á puerto seguro
los pasos de la inocencia.

ACTO III.

Plaza de castillo toda cerrada; pero de modo que el fondo le ocupe una parte de muralla, que no estorbe ver un lago que hay á la parte exterior, sobre cuya puerta hay un puente practicable que tiene su cerradura por un lado: sobre el puente hay una garita, que está de espaldas al lado izquierdo del teatro. En el mismo lado como detras de la muralla hay una alta torre, cuyas ventanas tienen rejas, y se abren con candados. A la parte interior del teatro y tambien á la izquierda hay una puerta del castillo, que sale al campo; y en medio tiene una rejilla de registro: esta puerta debe tener cerrojo. Salen Edubinski, Floresca, Angela, y aparecen algunos soldados de centinela.

Edu. Esta, segun las señales, es la puerta por donde hemos de salir al campo; mas Duncana lo erró, diciendo que no habia centinelas; pues al escaso reflejo de las estrellas, á un hombre en esa garita veo, y aunque pudiera fingir que soy Ragotz, atendiendo al trage que me disfraza, no dejará el paso abierto, si la seña y contraseña no le doy: á lo violento acudir solo conviene cuando no haya otro remedio. Ruido de gente se escucha: si pudiéramos ponernos tras de la garita, acaso pudiera por este medio saberse la contraseña, y se lograba el efecto; pues es fuerza que las rondas recorran todos los puestos.

Ang. Quereis que yo vaya allí?

Flor. No, hija mia, no consiento que te aventures á tanto.

Ang. Mamá, por qué tienes miedo? no me has dicho muchas veces que Dios cuida de los buenos hijos?

Se adelanta hacia la garita: Floresca contenida por Edubinski, dá un grito, que despierta al cosaco que estaba de centinela dormido.

Flor. Angela!

Edu. Qué haces?

Cos. No hay que hacer, valiente sueño he echado! por fortuna no ha recorrido este puesto.

Edubinski se arrima á escuchar lo que habla el soldado.

el comandante Ragotz:

buena la hubiéramos hecho!

Si me encontrase dormido

me ahorcaria, ó por lo menos

dispondria que me diesen

dos mil palos: yo lo temo

y casi no le conozco,

porque ayer fue el dia primero

que lo ví, y lo que es el rostro

no le miré sino al vuelo.

No es peor el diablo, segun

lo dicen mis compañeros.

Pero hace un frio terrible,

daremos cuatro paseos

para entrar algo en calor.

Edu. Ven hacia aqui.

Se retira á un lado y Floresca.

El cosaco sale de su garita, tras de la cual se ha escondido Angela: el cosaco pasea por entre el muro y la garita, y se pasea á lo ancho del teatro desde detras de su garita y hasta el muro que cierra la escena, de modo que Angela por no ser vista se mete en la garita, y apenas ha entrado en ella llaman á la puerta.

Ang. Válgame Dios! Soy perdida!

Cos. Quién vive?

Abriendo la rejilla que habrá en medio; pero con preocupacion: el comandante de la patrulla responde por la parte de adentro.

Com. Patrulla.

Cos. Bueno,

acérquese el comandante

para dar la seña, y luego

la contraseña.

Ang. Qué escucho!

esto es lo que yo deseo.

Com. Amor y Polonia. Por la reja.

Cos. Eso es,

ya abro la puerta.

Abre el cosaco, y se coloca delante de la garita, de modo que oculta á Angela, mientras pasa la patrulla, y luego que esta desaparece cruzan lo el teatro, el cosaco echa el cerrojo y llave á la puerta, para lo cual se vuelve de espaldas, y en tanto Angela sale de la garita, y se reúne

a sus padres: el cosaco vuelve a meterse en la garita.

Ang. No quepo en mí de alegría.

Edu. Hija?

Ang. Amor y Polonia; esto es lo que han dicho por seña y contraseña.

Flor. Los cielos abrazándola.
te colmen de bendiciones.

Edu. Quedaos aquí, mientras llego y al centinela examino.

Cos. A esta parte pasos siento:
Quién vive?

Edu. Ragotz.

Cos. El es;
pues como va amaneciendo,
reconozco el traje mismo,
que aun llevaba.

Sale de la garita, se cuadra y llega Edubinski.

Edu. Me acerco y la consigna le doy. *bajo.*
Amor y Polonia.

Cos. Bueno!
si llega antes soy perdido.

Edu. Orden de Zamosqui tengo para llevar dos mugeres, sin malograr un momento, a la otra parte del lago; y así abre la puerta.

Cos. Pero yo no puedo obedecer.

Edu. Cómo que no? qué oigo Cielos! *ap.*

Cos. El Palatino ha mandado que á nadie por este puesto le deje salir.

Edu. Te olvidas de que yo en su nombre vengo?

Cos. Si probar mi exactitud intenta por este medio? *ap.*

Vive el cielo, no ha de ser: desengañaos, que entiendo mi obligacion; pasad vos, si gustais; pero no dejo á otro ninguno, pasar sin orden nueva, y viniendo por el regular conducto.

Edu. Aquí no hay otro remedio *ap.*
que asustarlo: Miserable, ahora estás alarde haciendo de exactitud, cuando ha poco que te hallé en profundo sueño sumergido? abre, ó sino al instante te revelo y te hago ahorcar.

Cos. No, señor,
voy al punto á obedeceros.
Abre el cosaco, en tanto llegan Floresca, y Angela.

Edu. Acercaos, y pasad: *pasan.*

cierra la puerta al momento, y sino es al Palatino, que á nadie abras te prevengo.

Vase y cierra el cosaco.

Cos. Quedo muy bien enterado; abre ó sino te revelo y te hago ahorcar? para el diablo que resistiera precepto semejante, en él lo mismo es el decirlo que hacerlo segun dicen todos; mas sino me sorprende el sueño....

Ruido de instrumentos militares que tocan al arma.

pero alguna novedad muy grave ocurre, pues siento tocar al arma.

Duncana, soldados, y Zamosqui que sale Precipitado y dichos los primeros versos se dirige al centinela.

Zam. No sé cómo no me mata la actividad del despecho que concibo; ha centinela?

Cos. Estoy temblando de miedo.

Zam. Por esta puerta ha salido alguno?

Cos. Señor....

Zam. Di presto.

Cos. El capitan ha salido....

Zam. Qué dices?

Cos. Por orden vuestro me ha dicho que conducia dos mugeres ...

Zam. Al momento salid todos, y seguidlos, que no pueden estar lejos.

El centinela abre la puerta, y salen los soldados, y en tanto dice Duncana.

Dunc. Imposible es que se escapen, porque los han de hacer presos en este momento mismo los soldados, que salieron antes, por la puerta grande del castillo, aun cuando de estos se libertasen: ahora *ap.*
imposible es socorrerlos.

Zam. Tú pagarás el descuido *al centinela.*
ó la traicion.

Cos. Yo no entiendo cómo he podido enojaros.

Zam. Tal dices, cuando los medios de huir has proporcionado á mis enemigos?

Cos. Pero el comandante me dijo....

Zam. Qué comandante? perverso, no conoces á Ragotz?

Cos. Pues señor, no vino el mismo?...

Zam. Finge, ignorante, traidor.

Cos. Yo, señor, ha poco tiempo que os sirvo, y no bien conozco á Ragotz: ademas de esto, el que á mí se presentó me dió la consigna, y cierto que me la dió bien, señor.

Zam. Desventurados de aquellos que mis órdenes no cumplen, *Pasándose agitado.*
su castigo será horrendo.

Dunc. Si habrán podido alejarse! *ap.*

Sale Ped. Ya están aquí; ya cayeron. *por*

Dunc. Qué es lo que oigo? *(el puente.*

Zam. Relevad

á ese soldado al momento, y llevadle á un calabozo.

A un cabo, que lo hace.

Cos. Señor....

Zam. Escusa los ruegos si no quieres aquí mismo morir.

Dunc. Cómo pudo Pedro haber sido.... Pero él llega.

Ped. Señor, aquí me presento

lleno de satisfacción por haber sido instrumento de tu venganza; volvía de intimar por orden vuestro y del capitán Ragotz á los avanzados puestos de los montes, que al castillo volvieron, cuando á quinientos pasos de la fortaleza á los fugitivos veo

que procuraban ganar del bosque lo mas espeso: al instante los persigo, atropellando los riesgos; ellos el paso aceleran, pero en vano; porque dieron con los cosacos que habían salido (según dijeron) por la puerta principal del castillo; en el momento les apuntan los fusiles; yo les grito: deteneos,

que es fácil aprisionarlos; y conseguimos con esto que Zamosqui satisfaga su venganza, por el medio que le parezca mejor: en virtud de este consejo que les pareció acertado, nos repartimos, y luego rodeándonos, hicimos vana su fuga: yo espero que os dareis por bien servido en mi inclinacion y celo.

Zam. Y tanto, que una increíble *Salen.* recompensa te prometo.

Ped. Vedlos allá; ya los traen.

Se ven pasar por el puente los cosacos que traen presos á los tres: Zamosqui se adelanta á verlos, y Pedro se llega á Duncana.

Zam. Cumpliéronse mis deseos!

Ped. Si yo no llego los matan, *Aparte á Duncana.*

y ha sido mejor acuerdo preservarlos, por si acaso podemos favorecerlos.

Dunc. Eso sí; que ya temblaba de tu traicion.

Ped. Vive el cielo....

Salen Edubinski, Floresca, Angela, y soldados.

Zam. Imaginabais, traidores, que yo no tendría medios bastantes, para romper, ayudado del esfuerzo de mis soldados, las rejas, y cortar vuestros intentos? pensabais que los malditos de Duncana, cuyo celo....

Edu. Basta, bárbaro: ejecuta tu rigor, que yo contento moriré por no mirarte ni oírte.

Zam. Tu atrevimiento ya es insufrible. *Tira de un puñal, va á darle, y Floresca se interpone.*

Flor. Zamosqui, ten compasion, ó primero dame á mí la muerte.

Zam. Aparta.

Flor. Zamosqui, detente. *A sus pies.*

Zam. Es vano empeño: esas gracias que hasta ahora fueron de mis iras freno, ya solo son incentivos de mi colérico incendio;

esos brazos que levantas
hacia mí, piedad pidiendo;
esos ojos cuyas luces
ciegan el entendimiento,
y que nunca los fijaste
en mí sino con desprecio,
con desden, y con orgullo:
en fin, todo ese portento
ese compendio de gracias
y hermosura, que otro tiempo
me inspiró amor, solo esci'a
mi enojo y resentimiento,
y de furor transportado,
delirante, loco, ciego,
seria capaz sin duda
de envilecerme al estremo
de ensangrentarme en tí misma,
sino me quedára el medio
de huir de tí, por huir
de mi oprobio: ven, que quiero

A Duncana.

darte mis órdenes.

Dunc. Oyes, *A Pedro.*
ten cuidado de los presos. *vanse.*

Ped. ¿ tierra esa puerta, *A. centinela.*
y vosotros *A los cosacos.*
retiraos á este puesto.

*Los retira bien aparte del centinela, y
demas soldados.*

Flor. Ay Pedro, ay amigo mio,
que infeliz destino el nuestro!

Ped. Como solo una hora tarde
el Palatino en haceros
víctimas de su furor,
la libertad os prometo;
instruido por mi prima
de vuestra idea, lo espeso
del bosque fui á registrar,
hallé los amigos vuestros,
á quienes despues de haberles
participado el aprieto
en que os hallabais, les dije
que el mas seguro consejo
era el sorprender á todos
los cosacos, y vistiendo
sus trages, fingiendo ser
tropas del destacamento
que se debe replegar,
venir á favoreceros.

Sale Dunc. Ola soldados, al punto
conducid los prisioneros
cada cual á su prision,
porque resuelvo ponerlos
por mí misma en esa torre
y guardar la llave, á efecto

de que para su evasión
nadie pueda socorrerlos.

Edu. Y tengo de consentir....

Dunc. Toda resistencia es yerro;
esto importa.

Ea llevadlos.

*ap.
Los llevan.*

Dunc. Avisaste á los parciales
de Edabinsqui?

Ped. Sí por cierto.

Dunc. Cuándo llegarán aquí?...

Ped. Sobre poco mas ó menos,
de aquí á media hora.

Dunc. Ya es tarde.

Ped. Ya es tarde? Qué estás diciendo?

Dunc. Que enfurecido Zamosqui

ha llegado á tal estremo,
que en esa torre á las tres
cautelosamente ha puesto,
y me ha pedido la llave,
porque segun considero,
ya de todos desconfia,
y pretende por sí mesmo
egecutar su venganza
al mas mínimo recelo
de algun ataque; no sé
qué partido tomaremos.

Ped. Libertarlos es forzoso
de él, sino les corta el cuello.

Dunc. Pero cómo?

Ped. A todo trance.

Dunc. Yo bien discurría un medio;
pero es muy aventurado....

Ped. Ahora te andas con eso?
morir hoy, ó de aquí á un año
para mí todo es lo mesmo;
el asunto es libertar

á los tres: conque no andemos
en peligros, ni demonios,
dí lo que te ocurre presto.

Dunc. Las ventanas de la torre
tienen candados, yo tengo
las llaves de todos.

Ped. Bravo.

Dunc. Mas como se las daremos?

Ped. Cómo? arrimando una escala.

Dunc. Pero que te han de ver pienso
las centinelas.

Ped. Lo que es
la del puente, no lo creo,
porque la garita está
de espaldas.

Dunc. Pues yo me ofrezco
á divertir á esta otra.

Ped. Pues todo quedará hecho
en menos de dos minutos;

dame la llave.

Dunc. Te advierto
que atiendas á todas partes,
que si te ven nos perdemos.

Ped. Está bien *Encaminándose á la*
Centin. Adónde vais? *(puerta.*

Dunc. No, no teneis que oponeros,
pues por órden de Zamosqui
camina al destacamento
que por instantes se espera
Abre; sale Pedro: el centinela cierra, y
vuelve á su garita.

Centin. En buena hora.

Dunc. Además de eso
es mi primo, y si quisiera
romper los justos preceptos
del Palatino, á quien tanta
confianza y favor debo,
no se lo consentiría.

Centin. Eso se dá por supuesto;
pero por qué estais aquí
con un frío tan intenso
como el que hace?

Dunc. Zamosqui
me ha encargado que al momento
Se ve ya á Pedro, arrima una escala, y
sube por ella mirando á todas partes, y
llegando á la reja llama con disimulo.
Floresca se asoma, y en tanto Duncana y
el centinela prosiguen.

que llegue la tropa, vaya
á darle aviso, y sospecho
que puede tardar muy poco.

Centin. Que estais muy inquieta observo:
si alguna pena os aflige
y en algo serviros puedo,
bien podeis contar conmigo
para cualesquiera empeño.

Dunc. Yo aprecio mucho el favor
que me dispensais.... mas cielos
no es Zamosqui el que hacia aquí
se dirige? O Dios! Si Pedro
me entenderá.

Con el posible disimulo, y con un rañuelo
hace señas á Ped o; este las advierte: re-
para que viene Zamosqui, y baja acelera-
damente la escalera, pero la reja de la
torre queda ya abierta, de modo que des-
de el teatro se vea sin eja alguna ventana.

Sale Zam. Todavía aquí Duncana?
en su semblante estoy viendo
pintada la turbacion;

Mira con disimulo á la reja.

la reja está abierta, y temo
que alguna traicion....

Dunc. Por mas
que á disimular me esfuerso,
imposible es no conozca
la alteracion que padezco.

Zam. Duncana, qué haces aquí?
ó me equivoco, ó te encuentro
muy conturbada.

Dunc. Señor,
á la verdad que no tengo
motivo alguno que pueda
conturbarme.

Zam. Así lo creo.

Dunc. Sin duda no ha visto nada. *ap.*

Zam. Supongo que mis preceptos....

Dunc. Ya quedaa egecutados.

Zam. Conque ya ha marchado Pedro
donde mandé?

Dunc. Sí señor.

Zam. Duncana, yo te concedo
una confianza entera;
tiembla de dar en tu pecho
acogida á la traicion;
en lo que está padeciendo
Ragotz por no ser leal,
puedes aprender á serlo:
piensa que si me empeñases,
no sé hasta dónde el extremo
de mi venga za llegára,
porque no habria tormento
que pudiese apaciguar
la cólera de mi pecho.

Dunc. No teneis necesidad
de presentarme el espejo
del castigo de un traidor;
para vivir satisfecho
de mi celo y lealtad,
y gustosa me someto
á todo vuestro furor,
si llegais á convenceros
y convencerme de infiel.

Zam. Péfida! ahora veremos
cómo sale del apuro:
Duncana, entrégame luego
las llaves de los candados
de las rejas....

ap.

Dunc. Dios eterno!

ap.

Zam. Pues están en tu poder
con otras muchas, y quiero
guardarlas yo mismo.

Dunc. Qué *ap.*
le diré?.... Yo no acierto
á hablar.... Voy, señor, al punto
á traerlas; pues las tengo
en mi cuarto. *En acto de irse.*

Zam. No, no vayas

que es inútil: ¿no estás viendo
que está abierta la ventana
de la torre?

Dunc. No hay remedio. *ap.*

Zam. Pues cómo ha de estar la llave
en el cuarto? es este el zelo
que ponderabas, infame?
todo lo sé: tus intentos
no me son desconocidos.

Dunc. Señor....

Zam. Ahora penetro
la inocencia de Ragotz,
y que obrabas de concierto
con mis enemigos, dando
disposiciones, y medios
para su evasión: muger
artificiosa, el momento
de la venganza ha llegado,
tú bajarás á los cenos
de las hórridas moradas
donde Ragotz está preso,
Ragotz, cuya vigilancia
se oponía á tus deseos;
pero yo sabré premiar
su valor, y al mismo tiempo
hacerte á tí padecer.

*El Centinela del puente da el quién
vive: El Comandante del destacamento se
acerca á su oído, hace como que le dice la
señal &c. el Centinela abre luego la barrera
ó cerradura del puente, y el destacamento
va desfilando.*

Centinela. Quién vive?

Zam. Pero qué es esto?
la tropa vá desfilando:
este es el destacamento
que esperaba, y llega á buena
ocasion.

Dunc. si serán estos *ap.*
los amigos y parciales
de Edubinsqui? *Zam.* Yo recelo
vil muger, que á la cautela
de tu seductor talento
hasta cuantos me rodean
haya extendido su imperio:
tal vez estoy circundado
de enemigos encubiertos;
mas yo haré que todos cuantos
hoy estan la guardia haciendo
al castillo, no me puedan
ofender: todos los puestos

*Por la puerta donde está el Centinela van
entrando los soldados precedidos de Polas-
qui que los capitanea, y se forman en ba-
talla en el fondo del teatro.*

entregaré á estos soldados,
que de tus traiciones lejos,
participar no han podido
tus criminosos deseos;
no tendrás tiempo bastante
para ganarlos, y hacerlos
cómplices de tus maldades,
y el suplicio que decreto
contra mi rival, al punto
ha de tener cumplimiento:
soldados, que mis banderas
seguis, me jurais de nuevo
fidelidad inviolable,
y que los deberes vuestros
cumplireis?

Polasqui y los suyos. Sí lo juramos.

Aparte á Polasqui.

Zam. Haced relevar los puestos;
y á la cabeza del puente
enviareis los mas selectos
soldados, porque así
nunca puedan sorprendernos
los enenigos, que aunque
imposible considero
que hasta aquí puedan llegar
sin saberlo yo primero,
porque partidas volantes
al campo enviar pretendo;
con todo, la prevencion
nunca está demás; veremos
si ahora puedes lograr
tus cautelosos intentos:
soldados, esta muger
á vuestra guarda encomiendo,
no consintais se separe
de este sitio, porque quiero
que la ejecucion presencie
de mi rival:

Polasqui manifiesta que vá á obedecer.
á traerlo
vamos al punto, y acaben
de una vez tantos recelos.

Vase con algunos soldados.

Dunc. Víctima de gratitud
voy á morir, solo siento
no haber podido librar
los hijos de un padre, lleno
de bondad, que en mi familia
dejó el agradecimiento
vinculado con tan grandes
beneficios; yo no debo
á Zamosqui lealtad;
no es mi señor; si me veo
en su poder, es acaso
y no eleccion: valor tengo,

*d Dunc.
(cana.*

me sobra esfuerzo sin duda para morir, y el consuelo único que yo podía tener, sería que Pedro huyese de este tirano, porque no acabara el resto de una familia infeliz pero virtuosa.

Durante este razonamiento se oye como d lo lejos una marcha militar, durante la cual Polasqui hace relevar las Centinelas, y envia ocho hombres al puente, d cuyos extremos se colocan; y hecho esto se acerca misteriosamente d Duncana.

Dunc. Qué es esto? dudosa.

Polas. Vuestro nombre?

Dunc. El nombre mio? con dulzura.

Polas. Que me lo digais os ruego, porque in porta.

Dunc. Qué aventuro?

Duncana: y el nombre vuestro?

Polas. Polasqui.

Dunc. Conque seréis?....

Polas. Noble Polaco.

Dunc. O consuelo! veza.

ó esperanza!... y los Cosacos? (Con vi-

Polas. Todos sorprendidos fueron, degollados, y sus trages...

Dunc. Son los que vestís? no es esto?

Polas. No hay duda; pero callad, que importa mucho el suceso.

Dunc. Y Edubinsqui?

Polas. Será libre.

Dunc. Y Zamosqui?

Polas. Será muerto.

Dunc. O providencia!

Polas. Callad, que vienen.

Salen Zamosqui, y Edubinsqui atadas las manos. Ragotz, Soldados, y luego Floresca.

Zam. Otra vez vuelvo á decirte que perdones, Ragotz, mi atropellamiento, que mi liberalidad sabrá darte el justo premio: y ahora llégate al puente á donde darás de nuevo la seña, y la contraseña que he mandado.

Rag. Yo obedezco.

Ragotz se vá al puente, hace que dá d un Cabo la seña, y queda colocado en medio.

Flor. Qué esto miro?... Esposo mio!

Ahora sale presurosa.

adónde vas?... Santos cielos!

Señor, ¿tendrais valor, sería tal el extremo de crueldad, que á mis ojos hicieseis morir al dueño de mi vida? si la mia puede ser el justo premio de la suya....

Zam. No te cansas;

te dije que era violento en el amor, y en el odio; verás á tu esposo muerto, y pudiera ser que entónces fuesen tus desdenes ménos.

Flor. Monstruo infernal, si pudiera decirte yo en algun tiempo que te amaba, no sería sino astuto fingimiento para tener ocasion de poder morir, bebiendo tu negra, tu aleva sangre, que es mortífero veneno, pues vivoras ponzoñosas solo criarte pudieron.

Zam. Apartad esa muger. Lo hacen.

Flor. ¡Ni aun el abrazo postrero podre darte esposo mio!

Dunc. No sé cómo me detengo, y á consolarla no voy.

Zam. Bendad á ese hombre al momento los ojos. *Se resiste Edubinsqui.*

Edu. El varon justo y fuerte, no tiene miedo á la muerte, aunque la mire llegar con el mas horrendo aparato.

Duncana y Floresca estan guardadas por Soldados, la última inclinada sobre el hombro de uno de ellos, como agoviada de dolor. Los Soldados egecutores están algo ade antados; Edubinsqui y Zamosqui se colocan del modo que sea mas conveniente, y en la accion forman un cuadro agradable.

Zam. Vamos, alárde de constancia sin provecho; acabad con él, Soldados.

Polas. De esta suerte obedecemos.

A una seña de Polasqui, todos apuntan d Zamosqui; los del Puente hacen lo mismo con Ragotz, de modo que queda en medio de dos fuegos, formando un cuadro general.

Zam. Qué es esto? Qué haceis, Soldados?

Polas. Su deber.

Edu. Sagrados cielos! Polasqui!

Polas. Sí; el mismo soy.

Zam. ¿Por qué no se abre el infierno

y me sume en sus entrañas?

Aquí se hace un cuadro tambien general, porque Duncana corre á abrazar á Florencia que se halla atónita. Edubinski desatado, corre á abrazar á Polasqui, y luego á Florencia, y al mismo tiempo sale Pedro con Angela, y poniendola en poder de su madre, enarbola una hacha de armas que trae, amenazando la cabeza de Zamosqui: entre tanto atan á Ragotz.

Ped. Para enviarte allí, espero solo una seña, y verás que te despacho bien presto.

Dunc. Señora!...

Edu. Amigo!...

Flor. Hija, Espóso!

Zam. Estos dulces sentimientos son para mí mas horribles que la muerte que deseo; descarga el golpe, la vida me es insupportable peso.

Edu. Imitando tu fiereza *A Zamosqui.* pudiera matarte; pero quiero ser clemente.

Zam. Yo por mayor tormento tengo el deberte un beneficio, que el morir mil veces.

Edu. Eso es efecto de furor, yo te perdono.

Zam. No quiero que me perdones.

Polas. Ni yo su perdon consentir puedo; porque es un crimen atroz

la piedad con los perversos, la Polonia entera pide su suplicio....

Zam. Y yo tambien lo pido.

Polas. El mejor acuerdo será llevarle á Cracobia, en donde lo entregaremos al gran Duque, que desea su castigo, y á este efecto me dió socorro.

Edu. En buena hora: *Lo atan.* aprisionadlo, y el fiero Ragotz, de la misma suerte, puesto que fué tan perverso, participe; tú Duncana, y tú, generoso Pedro, recibidme en vuestros brazos, y venid, á donde el premio debido á tantas finezas recibais.

Flor. Nunca podremos desempeñar deuda tanta.

Dunc. La libertad en que os veo, es lo que yo mas estimo, y el premio mayor.

Ped. Y Pedro dice lo mismo.

Edu. Hija, Esposa, Polasqui, amigos, no puedo mostráros mi gratitud al compás de mis deseos; pero nunca olvidaré de que debí al favor vuestro la vida, y la libertad que disfruto: el santo Cielo de vuestras nobles virtudes corone el merecimiento.

FIN.

VALENCIA:

IMPRENTA DE D. ILDEFONSO MOMPIÉ DE MONTAGUDO. 1836.

Se hallará en su misma libreria, calle nueva de San Fernando, números 63 y 64, junto al mercado; asimismo un gran surtido de comedias, sainetes y piezas en un acto.